

## Nuestra familia González

Por A. ALFARO

(En el Rep. Amer.)

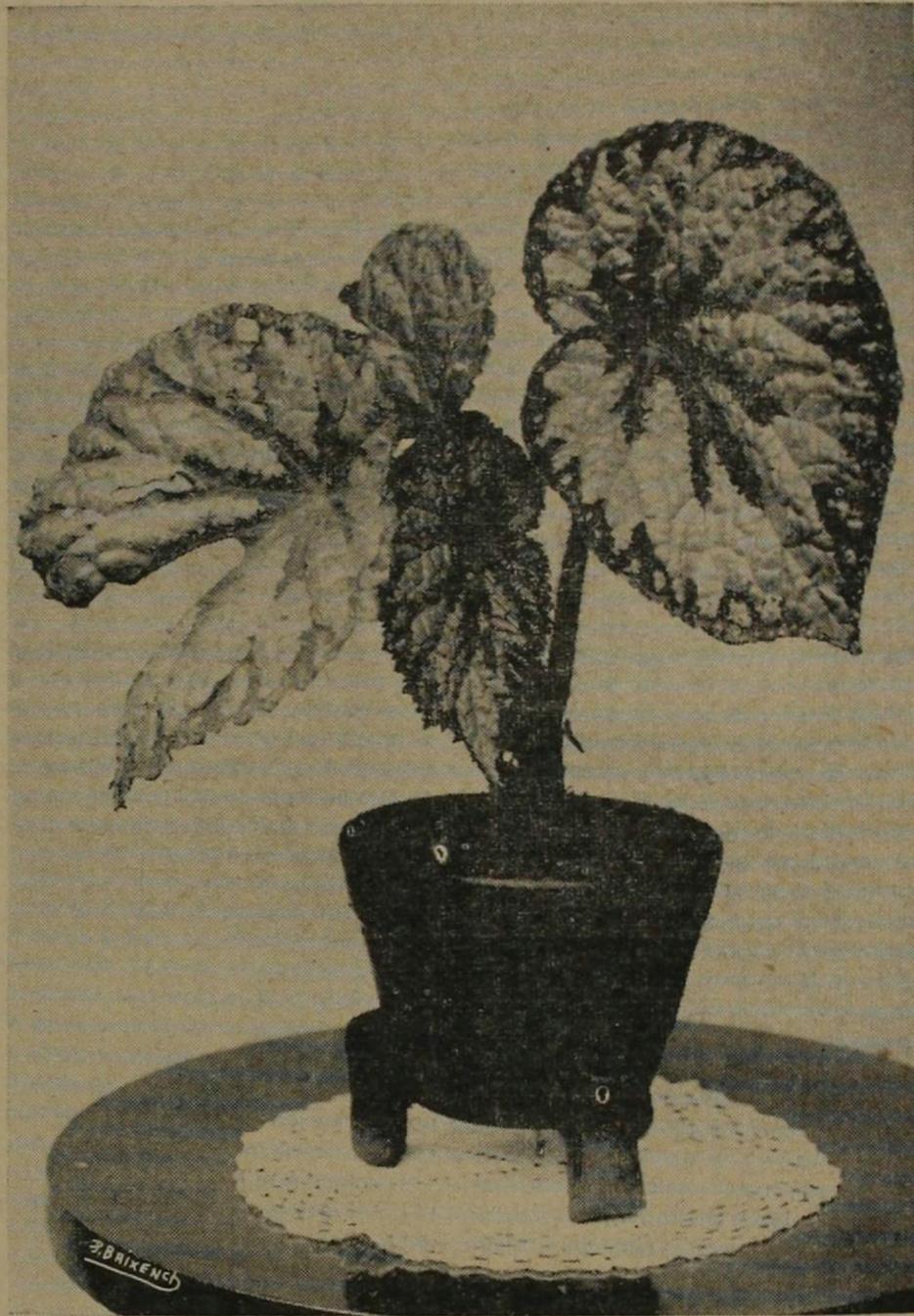
Si tuviéramos que buscar un emblema en la flora nacional para la familia González, optaríamos por la Begonia, de tallo tierno, sin espinas, de hojas suaves, relucientes o ligeramente cubiertas de pubescencia sedosa, con flores delicadas de color blanco, ligeramente rosado, como las conchitas que se bañan en las playas del apacible golfo nicoyano.

Las Begonias se propagan por cepas numerosas, que luego se cubren de ramos florales: tal acontece con la familia del Hermano Nicolás González, florecida en la primera mitad del siglo xviii. Casado con doña Juana Alfaro Morera tuvo muchos hijos, cuyos descendientes ocuparon toda la escala social, en los últimos años de la Colonia y en los primeros de la República, hasta don Cleto González Víquez, exponente superior de toda la familia.

El Teniente Coronel Juan Agustín Porras González, nieto de don Nicolás, figuró como Alcalde Ordinario, Jefe de Milicias, Teniente de Gobernador y Notario Público. Casado con doña Juana María González de León tuvo cinco hijos, dos varones y tres mujeres, que trajeron otros apellidos al tronco de los Porras con las González.

Desde el punto de vista político, la entrada de los Porras en la administración local de las pequeñas villas de San José, Heredia y Alajuela, inició la vida democrática en las poblaciones occidentales del país, que culminó más tarde con el traslado de la capital en 1823. Don Juan Rafael Mora Porras, bisnieto del Teniente Coronel Juan Agustín Porras, ocupó la Presidencia de la República en 1856 y dejó grabada en la historia patria la página más gloriosa que tiene Costa Rica.

La nota característica de la familia González es la suavidad de costumbres patriarcales, que les permitía prestarse servicios mutuos, con el mayor cariño, y compartir sus penas y alegrías, sin el menor asomo de egoísmo: se llamaban hermanos y nadie pretendía acaparar lo que al vecino pudiera hacerle falta. Grandes casas solariegas de doce varas de largo, por ocho de fondo, les permitía tener una sala al centro, con hamaca para el abuelo y escaños grandes, donde podían sentarse todos los amigos de la casa. Cuando había huérfanos pequeños eran recogidos y servían en la casa hasta su mayoría, y si eran mujeres se cuidaban como hijas de familia, para que lograran casarse con hombres de trabajo y pudieran fundar un nuevo hogar; así se formaron las poblaciones de San Joaquín, Ojo de Agua, Río Segundo y demás centros, donde los González fueron los primeros en hacer sus desmontes y plantar su vivienda, con el amor por único patrimonio. Conocimos a don Joaquín González, el padre de don Manuel González Zeledón, nuestro Representante Diplomático en Washington, a quien llamaban el maestro, por haber publicado un compendio de aritmética para el servicio de las Escuelas Públicas, a las cuales sirvió en sus mejores años de la juventud: vivía en una casita humilde, en el barrio de la Soledad y alguna vez que pasamos a verlo, ya entrada la noche, encontramos su mansión abierta y sola; él andaba comprando



La Begonia roja, como emblema de dulzura.

candelas en la vecindad, porque la vivienda estaba completamente a oscuras, pues no había alumbrado eléctrico en aquel tiempo; como le manifestáramos extrañeza por su descuido nos contestó: "Nada hay en mi casa que puedan robarse, es más fácil que dejen olvidado un paraguas o un sombrero, que buena falta me hacen". Tal era el temperamento del maestro, que pasó por las mayores estrecheces de la vida!

La tolerancia religiosa parece una nota característica en esta familia: doña Margarita González tenía la devoción de visitar las Iglesias en días feriados y como le reprocharan que había entrado en una Iglesia Protestante en día domingo, cuando estaban en oficios religiosos, ella contestó tranquilamente, que en todas partes está Dios para orar.

Tienen estas investigaciones genealógicas un interés semejante al de las Ciencias Naturales: se va en busca de una rama especial y tropezamos con algo raro, que nos obliga a cambiar de rumbo por un momento. El Capitán Benito Barrantes, que floreció a mediados del siglo xviii resulta noble de origen, sin que él lo sospechara quizá: era nieto de Juan Sanabria Maldonado y doña Ana Martínez Navarro, ambos de nobleza reconocida. Sin embargo, todas estas gentes conservan la humildad característica de la vida patriarcal y cuando vuelven a unirse los apellidos Sana-

bria y Martínez, dos siglos después, en el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Costa Rica, resaltan los distintivos de nobleza en todos sus aspectos, generoso, afable, sin orgullo de su alta dignidad eclesiástica.

Hay en la familia González un hogar importante, por tener diez hijos emparentados con los fundadores de la Villa Vieja de Heredia, matriz de los pobladores del Valle central del país. Don Claudio González Murillo, que vivió en la primera mitad del siglo xviii, era hijo legítimo de Antonio González y nieto de don Nicolás González Zúñiga y doña Magdalena González, de manera que don Claudio constituye una verdadera concentración de la familia. En su matrimonio con doña Petronila Godoy Esquivel tuvo por hijos a José, casado con doña Gertrudis Cabezas; doña Felipa, casada con don Tomás Arias Soliz; doña Francisca, casada con Domingo Rodríguez; doña Teresa, casada con Baltazar Alfaro Morera; doña Angela, se bautizó en Barba, el 25 de mayo de 1715 y casó más tarde con Antonio Céspedes; María Manuela fué bautizada el 5 de noviembre de 1720 y casó con José Antonio Alfaro Sibaja; había además dos hijas mujeres y dos varones, solteros; Agueda, Rosa, Pedro y Francisco, cuyos enlaces matrimoniales no hemos establecido por la repetición de nombres, aunque es posible que Pedro sea el marido de doña Ma-